Los hombres enfrentando su violencia

Enrique Ortiz Betancourt y Benno De Keijzer

Es necesario, por lo tanto, es posible.
G. A. Borghese

Las medidas para enfrentar la violencia intrafamiliar son recientes y aún insuficientes. La mayor parte de ellas se dirigen a la atención de las víctimas y al castigo de los agresores. Es más reciente la búsqueda del origen de la violencia desde los varones y el desarrollo de estrategias para atender y prevenirla desde este polo.

La violencia de los hombres desde una perspectiva de género

Un primer planteamiento —en el análisis de la violencia intrafamiliar desde el lado masculino— es que esta violencia no es natural. Como humanos tenemos, en una situación de tensión, la capacidad de atacar y también de huir. Sin embargo, como seres construidos culturalmente no estamos determinados por esta capacidad, sino que podemos orientarla por caminos distintos, desde diversas formas de canalización. Este abordaje nos permite ver la violencia de los hombres como una construcción sociocultural [Ileise], lo cual explica la gran diversidad histórica que hay en los grados y formas de violencia, así como las variantes regionales y étnicas en nuestro propio país [Hernández Bringas, Flanet]. La percepción misma de la violencia como problema social y de salud está condicionada histórica y culturalmente, lo cual explica la atención tan reciente al problema.

Siendo la violencia algo básicamente aprendido, nos encontramos ante un fenómeno que podemos estudiar y comprender, desestructurar a través de procesos terapéuticos y/o educativos y, finalmente, prevenir a partir de un trabajo que involucre a los hombres. Como ejemplo, tenemos los estudios de socialización diferenciada entre hombres y mujeres; una socialización que constituye identidades que perduran a lo largo de la vida [Sáez Buenaventura]. Los estudios sobre socialización muestran cómo se colocan presiones que empujan en cierta dirección y límites que impiden el acceso a otras opciones en los procesos diferenciados de niños y niñas. Aunque hay variantes de clase, región o etnia en los procesos que permiten hablar de las "masculinidades" (en plural), la mayor parte de los varones somos socializados dentro de, o en referencia a, un modelo hegemónico de masculinidad que privilegia los valores de la fuerza, el manejo del poder, la autoridad y la superioridad sobre mujeres y sobre otros hombres.

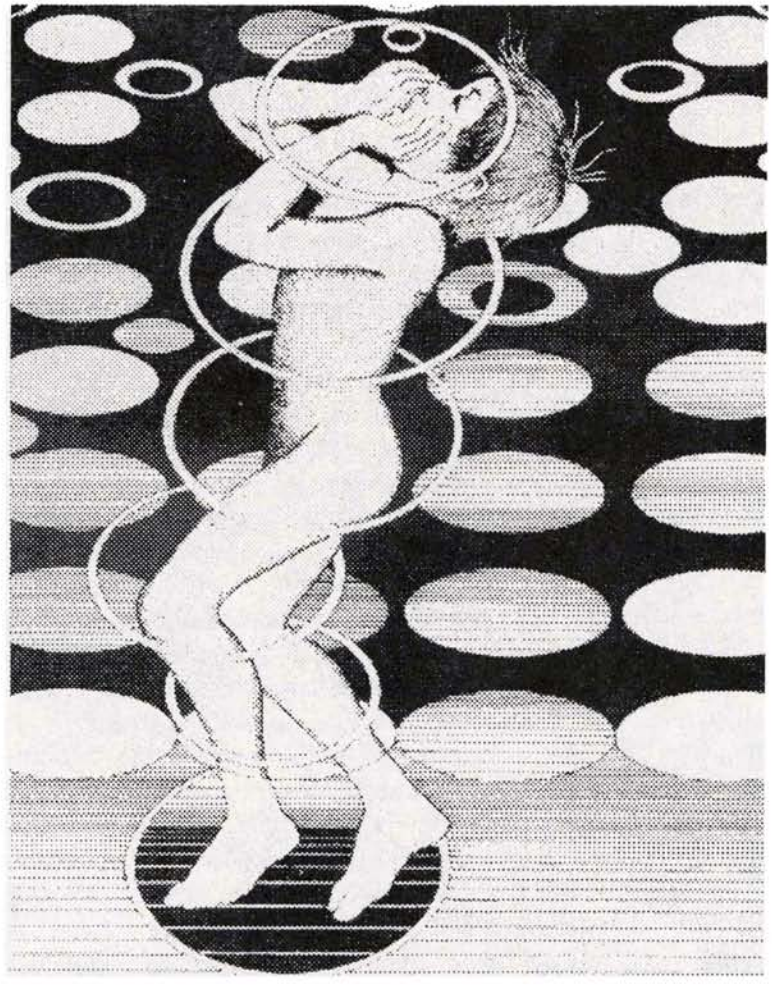
Uno de los caminos estimulados y premiados para la obtención de esta "masculinidad" es el de la incorporación de la violencia. En ella se incluye la violencia hacia las mujeres, hacia otros hombres y hacia sí mismo, lo que se ha señalado como la triada de la violencia [Kaufmann, 1989]. La violencia intrafamiliar se desarrolla dentro de un contexto sociocultural más amplio, que permite y favorece tanto la discriminación como la intolerancia, que surge del complejo cultural que algunos llaman machismo/maria-

nismo [Boulder, citado en Laurrain y Rodríguez, 1993].

Los estudios de la masculinidad reconocen la existencia de vasos comunicantes entre la violencia y otras esferas de la socialización masculina, como la incorporación de las expectativas de autoridad y de servicio en los hombres respecto a las mujeres y niños y niñas. Estas expectativas de subordinación y servicios múltiples son parte del marco teórico de referencia (no aclarado durante el noviazgo) de la conformación de la pareja y que "justifican" el ejercicio de la violencia cuando éstas no son cumplidas. La violencia aparece aquí como un mecanismo para restablecer un "orden" en la desigualdad.

Otro eje convergente es el del manejo de sentimientos en el varón adulto, como parte de la especialización temprana de afectos que lleva a la negación de las manifestaciones de amor, ternura, tristeza, miedo o dolor, a la vez que legitima la expresión de alegría o enojo. Esto lo hemos corroborado en talleres con hombres, quienes reconocen el mecanismo de convertir o cubrir estos sentimientos devaluados con el enojo, frecuentemente en su modalidad violencia [Herrera y cols.]. Muy articuladas al manejo de afectos están las funciones que cumple el alcohol en la vida de los hombres. El alcohol constituye un elemento privilegiado para expresar afectos y transgredir normas; y, en este caso, como justificación sociocultural [Méndez] para el ejercicio de la violencia, todo bajo el argumento de que el hombre "estaba fuera de sí" o "no sabía lo que hacía", "no era responsable de sus actos".

Es importante profundizar más en los escenarios, mecanismos y mensajes que intervienen en los procesos de socialización donde se construyen respuestas violentas. Parte de esta reconstrucción se hace desde perspectivas psicológicas o antropológicas, hurgando en ámbitos tan diversos como la familia, la escuela, el deporte, el trabajo, la calle y los espacios de diversión o de ejercicio de la sexualidad [Brana-Shute, Flanet, Parker y Zamudio]. Un elemento central de estos procesos está constituido por la experiencia de la relación con el padre. Son muy frecuentes las historias de ausencia paterna (por separación o muerte temprana) que también "educa", o de una presencia excesiva en términos de violencia y autoritarismo. La frecuencia del padre presente, apoyador, compañero y cariñoso es mucho menor.



La media filiación del hombre violento, producto de estos procesos pedagógicos, no es difícil de imaginar. Larrain y Rodríguez dan las siguientes características del hombre violento:

- Es inseguro, lo cual compensa con ser abiertamente autoritario.
- Tiene dificultad para expresar sus afectos y sentimientos, lo que aumenta su tendencia a ser violento.
- Es incapaz para tolerar y resolver conflictos: el único medio que conoce es la violencia.
- Tiene baja autoestima y falta de conciencia del problema, tendiendo a culpar a otros.

Este cuadro permite imaginar y desarrollar estrategias de atención, mismas que se plantean en los próximos capítulos.

Experiencia en México en el trabajo con hombres agresores

En México existen dos instituciones —una gubernamental y otra no gubernamental— que trabajan con modelos distintos para la atención de hombres violentos. El primero consiste en brindar atención terapéutica y el segundo trabaja en torno a grupos de reflexión con relación a la masculinidad. Ambos servicios se encuentran ubicados en el Distrito Federal.

A continuación se describirán *grosso modo* las características de cada uno de estos modelos de abordaje, sus semejanzas, diferencias y dificultades que han presentado en la práctica.

*Los hombres enfrentando su violencia; la experiencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A. C. (*CORIAC*)*

Gracias a la animación y al apoyo de feministas y a la inquietud de varios hombres, desde 1991 se han impulsado varios espacios de reflexión sobre la condición masculina; entre ellos encontramos: talleres sobre masculinidad, paternidad, salud y violencia de PRODUSSEP, el Laboratorio de Exploración de las Masculinidades, seminarios en el PUEG y Ciencias Políticas de la UNAM; y en 1993, el trabajo específico sobre la violencia masculina por parte de CORIAC, el cual contó con la asesoría del Movimiento de Hombres en Contra de Vivir en Ambientes Violentos, MANALIVE, de San Francisco, California.

Sobre una perspectiva de género, entendida, para el caso de varones, como la autocrítica propositiva a las formas del abuso del poder que los hombres históricamente tendemos a ejercer en las relaciones de género, CORIAC trabaja con grupos de reflexión, hace difusión y da talleres con el propósito de fortalecer una cultura ciudadana del respeto, fortalecer la intimidad y la democracia en la vida personal y social de hombres y mujeres, suscribiendo, con las feministas, que las relaciones entre los géneros pueden nutrirse y sustentarse con base en tratos igualitarios y respetuosos, donde el reconocimiento de las diferencias no sea considerado, en ningún caso, como desigualdades de derecho u oportunidades.

CORIAC, como propuesta para la proliferación de grupos de autoayuda, es a la vez un espacio que alienta la construcción de un movimiento de hombres en busca de relaciones satisfactorias y no violentas. Interviene a nivel de la subjetividad, las emociones y la conducta. Cuenta con seis niveles de reeducación, tres de trabajo individual, y está desarrollando tres más de labor comunitaria y de difusión.

En el primer nivel cada participante descubre cómo ha introyectado valores y prácticas de la cultura patriarcal, e identifica cómo el manejo explosivo de su emotividad lo lleva a enfrentar la relación y los conflictos de pareja mediante el control, el autoritarismo y la violencia. En un ambiente cordial y reflexivo, exploran mitos y estereotipos desde sus expectativas de autoridad y de los servicios que esperan de sus parejas. Con diferentes técnicas se reviven y analizan las emociones y las tensiones cuando no se cumplen esas expectativas. Además, se revisa "el no saber relacionarse sin sentirse dominante" y la falta de habilidad para expresar emociones de todo tipo.

Una vez identificado lo que los hace violentos y frenadas las agresiones físicas, el segundo nivel se dirige hacia la identificación más profunda de las emociones. Se les motiva a ser responsables de lo que sienten y hacen, a la vez que se consolida la resolución de conflictos con base en relaciones equitativas y respetuosas.

El tercer nivel busca la negociación con base en la mutua satisfacción, evitando el control de la pareja. Motiva el desarrollo de su autosensibilidad emocional, consolidando una mayor equidad con su pareja. Del cuarto al sexto nivel se entrena a los participantes en la reproducción del programa a fin de fomentar un movimiento de proliferación de espacios de reflexión sobre la masculinidad violenta, hegemónica.

Cada nivel cuenta con 16 sesiones de tres horas semanales. Es un modelo abierto, con un compañero de apoyo para cada participante; se caracteriza porque todos, incluidos los *facilitadores*, hacen un trabajo permanente de revisión y superación de su violencia. Está diseñado para que sea reproducido por los mismos usuarios, haciendo hincapié en frenar cualquier situación que los ponga en riesgo de agredir a la compañera. La difusión se da con base en los testimonios de los miembros del grupo.

CORIAC no cuenta con indicadores numéricos de impacto; sin embargo, se puede señalar que ha trabajado con grupos de hombres ininterrumpidamente desde febrero de 1993. El promedio actual por sesión oscila entre 20 y 25 asistentes en su dos niveles. Existe una deserción aproximada de 50 por ciento, mientras que 30 por ciento promedia de 4 a 7 sesiones y el 20 por ciento restante se mantiene entre dos y más de 18 meses.

En una serie de entrevistas a profundidad, realizada a compañeros que llegaron a segundo nivel de entrenamiento, se encontró que, por lo regular, no se reconocían violentos sino hasta después de su experiencia en el grupo. Con el paso del tiempo descubren otras violencias antes no identificadas. Llegan más en momentos de crisis, rompimientos y, sobre todo, por presión de sus parejas; son enviados principalmente por grupos de mujeres o por la procuraduría. Los que tienen más tiempo van traduciendo su culpa en responsabilidad: "Yo he sido el causante de la separación, por mi violencia". Todos los entrevistados refirieron haber disminuido su violencia, sobre todo la física, aunque han habido rompimientos —en algunos casos la tensión en la relación no ha mejorado—, sobre todo en aquellos que no cumplen con el programa y las normas de respeto y validación a la pareja. A mayor permanencia en el grupo se tiende a una comunicación más íntima con la pareja e hijos.

Procuran la búsqueda de nuevas formas de trabajo práctico. Está en proceso una evaluación de impacto basada en el reporte de las compañeras de los usuarios de CORIAC, que asisten a un grupo feminista de semejante perspectiva: APIS. Por el momento, sus compañeras y la *facilitadora* han mencionado que, si bien los hombres expresan con más claridad lo que quieren, a veces no sin cierta manipulación, les preocupa que no son muy capaces de aceptar las decisiones y formas de pensar y ser de ellas.

La experiencia del Centro de Atención a la Violencia Intrafamiliar (CAVI)

La psicoterapia para hombres violentos con su pareja requiere de un acercamiento específico y flexible que intente asegurar la disminución o cese de conductas violentas y que, asimismo, los haga responsables de su comportamiento. La conducta violenta es aprendida. De la misma forma es posible aprender a resolver las situaciones conflictivas de una forma no violenta. Éste es el objetivo primordial del terapeuta que trabaja con hombres que agreden a su familia.

El programa de atención implementado en el CAVI considera que una de las estrategias más efectivas es el grupo terapéutico [mismo que coincide con Wehner citado en Corsi, 1994], ya que el grupo posee una serie de ventajas intrínsecas. Por una parte, el trabajo del grupo favorece la superación de los mecanismos de defensa debido a que el hombre maltratador se da cuenta de que su caso no es único y este hecho suele incidir de forma positiva en su grado de colaboración. Por otro lado, los progresos conseguidos en algún miembro del grupo sirve de valioso modelo para las conductas del resto. No se trata de un grupo de autoayuda, sino de un grupo psicoterapéutico dirigido por dos terapeutas especializados en violencia familiar.

Estos grupos son homogéneos, cerrados y el contenido de cada una de las sesiones tiene un objetivo focalizado con base en el "perfil psicosocial del hombre agresor". El programa tiene una extensión de 14 sesiones, con una reunión semanal de dos horas cada una. La terapia es activa, donde el hombre desempeña un papel principal en su cambio y en el control de su vida.

El trabajo con hombres violentos por parte del terapeuta tiene como base una aceptación incondicional, no se les critica o condena por su conducta; al brindar dicha aceptación se puede percibir el dolor interno, la restricción emocional y el miedo que estos hombres han aprendido a ocultar como resultado de la socialización masculina tradicional. Detrás del control y el manejo de poder existe el temor, la inadecuación, miedo al abandono, baja autoestima y soledad.

Es necesario, en este trabajo terapéutico, el considerar cuál es la filosofía e ideología que lo fundamenta, ya que el uso de ciertas actitudes y valores hacia estos introyectos patriarcales y marginadores darían como resultado el reforzamiento, la racionalización, justificación o responsabilización hacia la pareja de la conducta violenta, que tan frecuentemente se da al realizarse alianzas por parte del terapeuta con el hombre agresor, independientemente del sexo del terapeuta.

El programa implementado en el CAVI es el resultado de sistematizar la experiencia del quehacer terapéutico en el centro con los 43 grupos de hombres que fueron atendidos de 1991 a junio de 1996. representando un total de 353 casos; también tomando en cuenta los modelos de atención con hombres violentos que se llevan a cabo en otros países, en especial los programas desarrollados por Hamish Sinclair en Estados Unidos, Jorge Corsi en Argentina. David Curie en Canadá y Javier Medina Echeverría en España.

Al trabajar con hombres violentos, en el proceso terapéutico se establecen dos retos a vencer: el primero consiste en que la psicoterapia debe proporcionar elementos educativos que permitan identificar,

cuestionar y modificar el estereotipo de género aprendido socialmente. No sólo el papel masculino sino también el femenino, por ejemplo "que la mujer está al servicio del hombre". También se incluye la conscientización del papel que juega el poder y la dominación al interactuar con su pareja.

El segundo reto que debe considerarse es que el hombre durante años ha sido adiestrado para resaltar sólo lo cognitivo y evitar sentimientos como la ternura, el miedo y el amor, que son asociados a lo femenino.

Para enfrentar estos dos retos es necesario que la terapia reeducativa, psicoeducacional o crítica, enseñe al hombre violento la integración de los sentimientos y las ideas: unir al aprendizaje cognoscitivo el afectivo-experiencial. En síntesis, esta terapia contiene un gran número de elementos cognoscitivos (modificación del estereotipo de género), ciertamente tiene elementos afectivos (expresión del miedo, ternura, pasión) y posee elementos experienciales (cuidado, autodisciplina, confianza en sí mismo).

Para el logro de los objetivos el modelo de abordaje está basado en las técnicas de la psicoterapia gestáltica conductual y corporal, centrada en el cliente. Las técnicas utilizadas consisten en ejercicios de sensibilización gestáltica, de relajación, viajes imaginarios, etcétera, donde se busca un procesamiento grupal que apunte a la modificación de la conducta violenta y a la reestructuración de las creencias y actitudes que la favorecen.

Estas técnicas tienen la cualidad de ser ejercicios estructurados de tal manera que unen el aspecto cognitivo con el afectivo-experiencial. Para ello se requiere de un proceso creativo por parte de los terapeutas.

Las primeras sesiones del proceso terapéutico van enfocadas primordialmente hacia dos aspectos:

- Crear una conciencia de que la violencia es responsabilidad de ellos y no de la víctima.
- Que se den cuenta de que el ser violentos ha implicado una pérdida o un daño para ellos mismos, como el perder al ser querido o estar a punto de perderlo, con todas las consecuencias emocionales que esto implica.

Este acercamiento permitirá que el hombre agresor no minimice las conductas violentas, ni las racionalice o culpe a los demás. Una vez que se logra este objetivo, se explora la forma en que fueron aprendidas en su infancia y en su vida adulta, así como las repercusiones que esto tuvo en su desarrollo personal, de tal manera que pueda empatizar el cómo se siente su pareja al ser agredida.

Las siguientes sesiones comprenden el cuestionamiento de las actitudes en torno a los papeles estereotipados, así como la identificación de señales de previolencia y el análisis de opciones de respuesta no violenta. Es importante señalar que los celos y la educación de la sexualidad masculina cumplen la función de preservar los pilares de la identidad genérica masculina. El poder y la sexualidad son aspectos que más frecuentemente pueden desencadenar situaciones de violencia.

La efectividad del programa de atención terapéutica a hombres violentos de CAVI se lleva a cabo en dos vertientes: la primera parte de la observación de los terapeutas, que incluye la valoración psicológica que se practica a los hombres agresores antes de iniciar el grupo. La segunda se realiza a partir de la evaluación de los resultados reportados por los usuarios con respecto a la psicoterapia grupal recibida.

Hacia un trabajo preventivo con hombres

Tan importante como el trabajo con hombres violentos es el desarrollo de medidas específicas para prevenir la incorporación de la violencia como forma de enfrentar las relaciones sociales. Mucho del trabajo enfocado a la equidad genérica puede impactar a los hombres, pero está enfocado (y así debe ser) al fortalecimiento de las mujeres: las acciones afirmativas, cambios legislativos, la serie de cuentos no sexistas "a favor de las niñas", etcétera.

Quienes trabajamos con hombres de distintos sectores de la población, hemos observado que perciben la forma en que las relaciones de género se están modificando, sobre todo a partir de cambios en las mujeres. La reacción masculina, sin embargo, es una mezcla, en proporciones diferentes, de perplejidad, confusión, curiosidad, rigidez y/o aceptación a regañadientes, teniendo al mutismo y la violencia como respuestas más visibles. Dicha situación hace urgente el trabajo de reflexión y sensibilización con hombres para que este proceso sea asumido y trabajado también desde nuestro lado, teniendo la equidad y sus ventajas como meta. Es un trabajo que supone vínculos creativos con el movimiento feminista.

Las estrategias de trabajo con hombres deben combinar, al menos, tres ejes. Dos de ellos son señalados por Kaufmann [1994]: en primer lugar, el cuestionamiento de la forma en que incorporamos el po-

der y sus ventajas; en segundo, el reconocimiento del dolor y los costos que este tipo de socialización supone. Esto permitirá compartir y cuestionar también los mecanismos de opresión entre hombres que están en situaciones diferenciales de poder (de clase o generación, por ejemplo) y que se aceptan justamente ante la promesa de una cuota de poder a futuro, o por lo menos sobre algunas mujeres y sus hijos. Un tercer eje que hemos trabajado, junto con los del poder y el dolor, es el de las ganancias que se pueden obtener en diversos aspectos de la calidad de vida: la relación de pareja, la paternidad, las relaciones con otros hombres y mujeres, y el contacto con el propio cuerpo, nuestra salud y nuestras emociones [De Keijzer, 1995].

Varias combinaciones de estos tres posibles ejes emergen en trabajos iniciales con hombres y grupos mixtos de diversas edades y sectores:

- El trabajo de educación no sexista, sobre todo en escuelas.
- La incorporación de la perspectiva de género en algunas instituciones del sector salud y con internos en el sistema penitenciario.
- El aprendizaje de la resolución de conflictos a través de la negociación.
- El estímulo a una paternidad más creativa y placentera en cursos específicos para hombres o en escuelas para padres.
- Los trabajos sobre sexualidad con la perspectiva de género para jóvenes.
- El trabajo de sensibilización con los medios de comunicación.

Es necesario también romper el aislamiento entre los hombres que se oponen a la violencia intrafamiliar. En este sentido, es interesante la experiencia de la Coalición del Listón Blanco, desarrollada en años recientes en Canadá y Estados Unidos, en la que hombres se manifestaron públicamente en contra de la misma [Kaufmann, *op. cit.*]. Enfatizamos esta ruptura para trascender los cambios silenciosos e individuales de muchos hombres, que se manifiestan como conciencia práctica en la relación de pareja, en una paternidad más asumida y en un trabajo doméstico masculino "clandestino" no visible para su familia de origen y otros hombres.

Nuestra sociedad está cambiando actitudes en torno a la violencia en la familia. Gran parte de este cambio surge de las mujeres. Toca ahora a los hombres sensibilizarnos, enfrentar el problema y cambiar.

Por último, la desarticulación de la violencia intrafamiliar requiere que dentro de sus estrategias se implementen acciones orientadas a la asistencia de hombres violentos con su pareja, en los cuales están incluidos programas de prevención primaria, de atención temprana, así como de atención social y tratamiento terapéutico. La responsabilidad de la conducta violenta es exclusivamente de los hombres y para poder erradicarla es necesario que, dentro de los programas de atención integral e interdisciplinarios al maltrato se considere esta vertiente de atención. De no hacerlo, se estaría ignorando la raíz del fenómeno.♦

* Ponencia presentada en el *Encuentro continental sobre violencia intrafamiliar*. Memorias, UNIFEM, 1996.

